



AMBIENTE, *CUENTISTAS Y CUENTOS*

POR HUGO LINDO



EN reiteradas oportunidades he manifestado que el cuento en El Salvador, puede afirmarse que nace en este siglo. Salvo la excepción de don Francisco Gavidia, aún vivo en su patriarcal senectud, el siglo XIX dió sólo cuentistas de laboratorio, sin esencia vital. Los argumentos se urdían en la paz de un gabinete, sin tomar muy en cuenta los factores humanos y telúricos del ambiente circundante: los personajes eran falsos, más moldeados por las necesidades de la trama, que ésta por la vida de aquéllos. Hasta que advino Arturo Ambrogi, nacido en San Salvador, en 1876, y muerto en la misma capital en el año 1936. "Don Arturo", como le decimos en El Salvador, fué viajero impenitente: estuvo en casi todos los países de América, viajó por las capitales europeas, y llevó su figura menuda y seca, a las tierras del lejano oriente. Entre sus primeros libros, hay dos de crónicas de China y del Japón.

Ojo de dibujante, Ambrogi no desperdiciaba un solo detalle del conjunto. Sin par en la crónica, resulta, a las veces, cansador en el relato. Su exceso de objetividad quizá ya no satisfaga del todo al lector actual; pero fué, en las letras salvado-

S I N T E S I S

refías, un fenómeno indispensable. Era menester sacar el cuento de aquel marasmo en que se hallaba, de aquella artificiosidad extranjerizante. Para ello, era indispensable volver los ojos a la tierra y a sus gentes; pero no ojos cualesquiera, sino ojos penetrantes como alfileres, fieles como espejos, amplios como ventanas. Y esos eran los ojos de Ambrogi. El vió, como nadie antes había visto, la realidad social del campesino. El advirtió que el hombre del pueblo no era simplemente un nombre vulgar, "Juan", "Pedro", al cual podían otorgársele condiciones psicológicas que está muy lejos de tener. De modo que la aparición en 1895, de su libro "Cuentos y Fantasías", había de significar el comienzo de una nueva etapa en la literatura nacional. Por primera vez, surgían los motivos reales, encarnándose en personajes también reales.

Se han criticado a don Arturo Ambrogi los siguientes extremos: proligidad fatigosa, extensión inmoderada, debilidad de la estructura general de sus cuentos, frecuente aspereza —y hasta procacidad— del lenguaje. Y todo ello es cierto, pero sólo en determinada medida. Era él, como se ha dicho, el primero que analizaba la verdad social de nuestro pueblo, y siendo así que no tenía antecedentes, había de extremar el proceso analítico para desentrañar la esencia. Después vendría la síntesis, como efectivamente vino, con Salarrué. Pero su función era esa. Por lo demás, escribía para el hombre de su época, que vivía con menos prisa que nosotros, y para quien un cuento de 20 ó de 30 páginas no resultaba excesivo. Lo de la debilidad en la estructura de sus relatos, obedecía a una razón temperamental: don Arturo era más un cronista que un cuentista. Su preocupación no era cerrar el círculo entre los primeros y los últimos acontecimientos, sino dar retazos de vida, que con frecuencia nos dejan la sensación de estar inconclusos. Acaso esto fuera reacción contra esos argumentos pulidos y repulidos, de que tan vacuamente habían abusado sus predecesores. Y cuanto a la procacidad o aspereza del lenguaje. ¿no era, en el momento inicial, un recurso valiosísimo para desentrañar el alma de las clases populares? ¿Sería con atildamientos y academicismos como lograría su empeño?

La bibliografía de Ambrogi abarca muchos títulos; pero eso puede despistar a quien no se halle conocedor de este detalle: nuestro autor trabajaba mucho sus páginas. Ya escritas y publicadas, las corregía, las amplaba, las modificaba en otros sentidos, les cambiaba hasta títulos. Yo tuve la curiosidad de comparar el material de sus diversos libros de cuento vernáculo: en éste, desaparecía un cuento aparecido en anterior edición, y se agregaban dos o tres; en el de más allá, se incluían todos, algunos de ellos bajo diferente título... Por manera que,

en la materia, su último volúmen, titulado "El Jetón", puede considerarse como la edición definitiva de su labor de cuentista.

Su capacidad descriptiva supera mucho a su elán narrativo. Como la longitud de sus cuentos es estimable, me veo inhibido de presentar alguno; pero sí quiero dar una muestra, somera, ligerísima, de sus condiciones de escritor. Cualquiera es buena. Vaya, tomada al azar, ésta, que aparece al inicio de su relato "El Jetón", en el libro del mismo nombre, último del autor:



"Al filo de las nueve de la noche un tropel de bestias, acompañado de voces aguardentosas y de risotadas, turbó el tranquilo reposo del pueblo. Unos cuanto chuchos vagos, que rondaban los alrededores de las casas, se pusieron a ladrar, alaridados. Las calles, mal empedradas y llenas de zanjos, estaban solas, oscuras. En las esquinas, cada dos cuadras, un foco de 25 wats. apenas si alumbraba como de diez. De trecho en trecho, por las rendijas de abajo de las puertas de las casas en que sus moradores velaban despachando los últimos quehaceres del día, se escapaba un filo de luz que marcaba el enladrillado de barro de las aceras. Cuatro jinetes llegaron a la esquina de la plaza, frente al Cabildo cerrado, y se detuvieron. Se oyó que disputaban. En una pausa uno de ellos alzó la voz:

SINTESES

—Pues yo hago mi santísima voluntad!

—Los demás arguyeron:

—Menos direuto, don Rafáil. Es lo mejor.

El que se llamaba don Rafael, y que no era otro más que don Rafael Abregos, patrón de "El Socorro", pareció no hacer caso a las reflexiones, y azotó su cabalgadura. Chispearon las piedras heridas por el filo de las herraduras de la mula prieta que montaba, y se alejó. Los que le acompañaban se quedaron en la esquina, esperando ver qué camino tomaba".

Como es lógico suponer, la aparición de los libros de Ambrogi constituyó, en un principio, un escándalo. Las realidades aparecían demasiado descarnadas para una sociedad, como la finisecular, muy dada al respeto de las formas. Pero en breve término el gusto general, cambió. Como fenómeno interno, hubo un reconocimiento del acierto con que el cuentista calaba a fondo en el temperamento y costumbres de las gentes, y trataba, sin el tono moralizante de otros escritores, los vicios y miserias de la sociedad nacional. Por otra parte, y como fenómeno internacional, se dió una mayor amplitud de acción al escritor: José Eustacio Rivera y Rómulo Gallegos no eludían, al llegar su fama, las palabras duras ni las situaciones embarazosas. Era algo situado en otra zona, que no en la del naturalismo de Zola. Una especie de naturalismo a la americana: el descubrimiento literario que nuestra América hacía de sí misma. Y luego, Ambrogi tuvo seguidores. Había marcado una ruta, una pauta. Plumas ayer tímidas, se aventuraban ahora. Jóvenes de entonces —hoy gentes maduras— intuyeron la razón de sér de ese tipo de literatura. Así surgieron los nombres de Ramón González Montalvo y de Napoleón Rodríguez Ruiz, quienes, iniciándose bajo la tutela ambrogiana, hubieron luego de sobrepasarla hasta llegar a la consecución de su propio estilo, en el cual no deja de hallarse algún rasgo de sus orígenes. Rodríguez Ruiz es el autor de una novela titulada "Jaraquí", y González Montalvo de dos, "Las Tinajas" y "Barbasco". De las tres novelas citadas, sólo se han publicado las dos primeras.

Tenemos también dos escritores que en el cuento logran una tónica humorística muy fina y muy aguda para expresar la vida salvadoreña. Son ellos Francisco Herrera Velado, quien se retiró del ejercicio de las letras hace varios años, después de haber dejado un tomo de leyendas picarescas en octavas reales, a la manera de Batres Montúfar, titulado "Mentiras y Verdades", y otro volumen de cuentos en prosa, "Agua de Coco", relativo a la vida de los indios de Sonsonate y los pue-

blos aledaños, Izalco y Nahuizalco, que son, unos de los pocos reductos de vida indígena pura. El otro es Alberto Rivas Bonilla, cuentista y médico, también con dos libros: "Andanzas y Malandanzas", en donde cuenta las hazañas heroicas de un desvencijado perro de finca, acaso representación de la miseria y el dolor campesinos, y "Me Monto en un Potro", cuentos de variada índole, pero todos aglutinados por un sentido de salvadoreñidad. Ambos son escritores que valen, y mucho, no sólo en el ámbito de lo que pudiéramos llamar "literatura", a secas, sino también en la órbita de la indagación sociológica al través de las formas artísticas.

Salarrué —Salvador Salazar Arrué— es originario del departamento occidental de Sonsonate. Nació, bajo el signo de Libra, en el último año de la anterior centuria. Sin duda, el más pleno de nuestros artistas: dado a las filosofías orientales, escribe cuentos y poemas de inspiración astral. Sus primeras producciones sobre todo, asumen esa categoría. "Cuentos de Barro" es su obra vernácula. Un verdadero hallazgo, que lleva ya dos ediciones, la primera, en San Salvador, la segunda, en Chile, generosa tierra de la estrella solitaria.

El autor no es detallista. Da dos, tres pinceladas vigorosas, con una especie de impresionismo pictórico, y paisajes y caracteres quedan perfectamente delineados. En sus relatos se presiente, se adivina la presencia del magnífico pintor que es Salarrué, pues que también sobre la tela ha ido dejando retazos de la intimidad vital de El Salvador.

Para abreviar, ya que un análisis del contenido de "Cuentos de Barro" podría hacerme extender demasiado, repetiré lo que tuve oportunidad de expresar en un ensayo publicado hace dos o tres años en la revista de la Universidad Autónoma de El Salvador: en la obra cuentística salvadoreña, conforme al lenguaje de Hegel, la tesis vendría planteada por los costumbristas de fines del siglo pasado, casi todos ellos de un candoroso humorismo moralizador; la antítesis, por la presencia del minucioso y ampuloso Ambrogi; la síntesis, por el trazo rápido y atrevido de Salarrué, cuyo acierto definitivo halla el mejor testimonio en la fervorosa aceptación que sus cuentos han tenido dentro y fuera de las fronteras patrias.

Con "Cuentos de Barro", Salarrué encuentra una nueva ruta. Creo que no habrá mejor presentación que la lectura de una de sus brevísimas estampas, tomada sin discriminación alguna:

SINTESIS

"SEMOS MALOS"

Goyo Cuestas y su cipote hicieron un arresto, y se fueron para Honduras con el fonógrafo. El viejo cargaba la caja en bandolera; el muchacho, la bolsa de los discos y la trompa achaflanada, que tenía la forma de una gran campánula: flor de lata monstruosa que perjumaba con música.

—Dicen quen Honduras abunda la plata.

—Sí, tata, y por ál no conocen el fonógrafo, dicen...

—Apurá el paso, vos; ende que salimos de Metapán tré choya.

—Ah!, es quel cincho me viene jodiendo el lomo.

Apechálo, no siás bruto.

Apiaban para sestear bajo los pinos chiflantes y odoríferos. Calentaban café con ocote. En el bosque de zunzas, las taltuzas comían sentaditas, en un silencio nervioso. Iban llegando al Chamelecón salvaje. Por dos veces bian visto el rastro de la culebra carretía, angostito como fluella de pial. Al sesteyo, mientras masticaban las tortillas y el queso de Santa Rosa, ponían un fostró. Tres días estuvieron andando en lodo, atascados hasta la rodilla. El chico lloraba, el tata maldecía y se reiba sus ratos.

El cura de Santa Rosa había aconsejado a Goyo no dormir en las galeras, porque las pandillas de ladrones rondaban siempre en busca de pasantes. Por eso, al crepúsculo, Goyo y su hijo se internaban en la montaña, limpiaban un puestecito al pie diunpalo y pasaban allí la noche, oyendo cantar los chiquirines.

* * *

Los cuatro bandidos entraron en la palisada y se sentaron luego en la plazoleta del rancho, aquel rancho náufrago en el cafiaveral cimarrón. Pusieron la caja en medio y probaron a conectar la bocina. La luna llena hacía saltar chingastes de plata sobre el artefacto. En la mediagua y de una viga, prendía un pedazo de venado olisco

—Te digo qué fológrafo.

—Vos bis visto cómo lo tocan?

—Ajú! En los bananales los el visto...

—Yastuvo!...

La trompa trabó. El bandolero le dió cuerda, y después, abriendo la bolsa de los discos, los hizo salir a luz de luna como otras tantas lunas negras.

Los bandidos rieron, como niños de un planeta extraño. Tenían los blanquiyos manchados de algo que parecía lodo, y era sangre. En la barranca cercana, Goyo y su cipote huían a pedazos en los picos de los zopes; los armadillos habíanles ampliado las heridas. En una masa de arena, sangre, ropa y silencio, las ilusiones arrastradas desde tan lejos, quedaban abonadas tal vez para un sauce, tal vez para un pino...

Rayó la aguja, y la canción se lanzó en la brisa tibia como una cosa encantada. Los cocales pararon a lo lejos sus palmas y escucharon. El lucero grande parecía crecer y decrecer, como si colgado de un hilo lo remojaran subiéndolo y dejándolo en el agua tranquila de la noche.

Cantaba un hombre de fresca voz, una canción triste, con guitarra.

Tenía dejos llorones, hipos de amor y de grandeza.

Gemían los bajos de la guitarra, suspirando un deseo, y, desesperada, la prima lamentaba una injusticia.

Cuando paró el fonógrafo, los cuatro asesinos se miraron. Suspiraron...

Uno de ellos se hechó llorando en la manga. El otro se mordió los labios. El más viejo miró al suelo barrioso, donde su sombra le servía de asiento, y dijo después de pensarlo muy duro:

—Semos malos.

Y lloraron los ladrones de cosas y de vidas, como niños de un planeta extraño”.